

Los territorios que habitan mi aula

La primera vez que leí *La Divina Comedia* provocó en mí miedo. Había quedado perpleja ante esta gran obra y sentí cómo mis pecados estaban reflejados en cada círculo que conducía a la muerte. Años después, planifiqué la misma obra para mis estudiantes. Comprendí que el verdadero territorio no inicia en Florencia; sucede en el aula.

No quería iniciar el día con “¡vamos a leer el primer capítulo!”, así que propuse una actividad distinta. En lugar de comenzar con el contexto histórico de la obra, les solicité que trajeran una imagen que respondiera una pregunta breve: ¿Qué significa el infierno para ti?

Mi intención era activar sus conocimientos previos y mostrarles que los clásicos siguen dialogando con nosotros, siglos después de haber sido escritos. Imaginé que encontraría imágenes de fuego, oscuridad, demonios o escenas inspiradas en la tradición religiosa. Sin embargo, ocurrió algo que transformó completamente la clase.

Uno de los estudiantes mostró un mapa. En él aparecían un punto en Ecuador y un punto en Colombia unidos por una línea que marcaba la distancia entre ambos lugares. Durante algunos segundos el salón permaneció en silencio. No comprendíamos



la relación entre aquel mapa y la pregunta planteada. Entonces, con la voz entrecortada, explicó que esa distancia representaba su infierno: la separación de personas importantes en su vida. No habló durante mucho tiempo. Las lágrimas dijeron lo que las palabras no pudieron expresar.

Aquel momento cambió el rumbo de la clase. Poco a poco, otros

estudiantes comenzaron a compartir sus propias imágenes y, con ellas, historias sobre pérdidas, cambios de ciudad, migraciones, miedos y experiencias que hacían referencia al infierno. La conversación dejó de girar únicamente alrededor del objetivo de aprendizaje para convertirse en un espacio de escucha. Terminamos la jornada abrazándonos.



La conversación dejó de girar únicamente alrededor del objetivo de aprendizaje para convertirse en un espacio de escucha. Terminamos la jornada abrazándonos.

Sin haber empezado a leer, me preguntaba si realmente era necesario leer, cuando ya habíamos comprendido que el infierno adquiere distintos significados según la historia de cada persona. Esa experiencia me hizo cuestionar una idea que, con frecuencia,

acompaña nuestras prácticas educativas: pensar que el aprendizaje basado en la comunidad únicamente ocurre cuando los estudiantes salen de la escuela para relacionarse con su entorno. Sin embargo, aquella clase me recordó que la comunidad también entra todos los días al aula.

Cada estudiante llega acompañado de un territorio invisible. No me refiero únicamente al lugar donde vive, sino a su historia familiar, su cultura, sus recuerdos, sus relaciones y las experiencias que han moldeado su manera de comprender el mundo.

Reconocer esos territorios significa reconocer que el conocimiento no comienza cuando el docente habla, sino mucho antes, en la vida que cada estudiante ha construido.

Esta mirada dialoga con la pedagogía crítica, la cual sostiene que la educación debe partir de la realidad de las personas y del diálogo entre sus experiencias y el conocimiento. Los estudiantes no son recipientes vacíos que esperan ser llenados de información; llegan al aula con saberes, preguntas y vivencias que también enriquecen el aprendizaje colectivo.

Desde esta perspectiva, el aprendizaje basado en la comunidad deja de entenderse únicamente como una metodología que conecta la escuela con organizaciones, barrios o proyectos sociales.

También implica reconocer que el aula constituye una comunidad en sí misma, donde cada integrante aporta una mirada dis-

tinta sobre la realidad. Aprender en comunidad significa construir conocimiento con otros, escuchar otras voces y comprender que las experiencias personales también son una fuente legítima de aprendizaje.

Aquella actividad también transformó mi manera de entender el rol docente. Descubrí que enseñar literatura no consiste solamente en explicar movimientos literarios, recursos estilísticos o contextos históricos.

Nuestra tarea es diseñar experiencias que permitan a los estudiantes establecer puentes entre el conocimiento académico y su propia vida.

La pregunta que dio origen a la actividad fue sencilla, pero abrió un espacio para la interpretación, el diálogo y la construcción colectiva de significado. Sin proponérmelo, la clase incorporó principios propios del Aprendizaje Basado en Proyectos: una pregunta auténtica, un producto personal, la reflexión compartida y la conexión entre el currículo y una realidad significativa para los estudiantes.

El aprendizaje dejó de ser la búsqueda de una respuesta correcta y se convirtió en la exploración de múltiples perspectivas.

Al mismo tiempo, comprendí que el docente también debe conver-

tirse en investigador de su propio contexto. Escuchar con atención permitió descubrir historias que jamás habrían aparecido en un examen escrito. Esa información no tenía como propósito evaluar a los estudiantes, sino comprender mejor quiénes eran y desde qué lugar estaban aprendiendo.

La comunidad que construimos aquella mañana no nació de una actividad extraordinaria ni de grandes recursos tecnológicos. Nació de una pregunta, de la disposición para escuchar y del respeto por las historias de los demás.

En ese espacio, la literatura dejó de ser un contenido para convertirse en un punto de encuentro. Quizá esa sea una de las mayores enseñanzas del aprendizaje basado en la comunidad: comprender que las personas aprenden mejor cuando descubren que sus experiencias tienen un lugar dentro del proceso educativo.

Los libros siguen siendo fundamentales, pero cobran una nueva dimensión cuando dialogan con las historias de quienes los leen.

Hoy, cuando vuelvo a enseñar *La divina comedia* o *El infierno*, ya no pienso únicamente en el viaje de Dante. Pienso en los territorios que habitan mi aula. En los mapas invisibles que cada estudiante lleva consigo.

En las historias que esperan una pregunta para salir a la luz. Y recuerdo que, muchas veces, el aprendizaje más profundo no ocurre cuando encontramos respuestas, sino cuando descubrimos que, al escuchar al otro, también aprendemos a comprendernos a nosotros mismos.



El docente también debe investigar su contexto y escuchar historias más allá del aula.